

Africa en mucho mayor número del que se había creído, y además de los de su nación llevaron consigo godos, alanos, bárbaros y bandidos de toda especie. No obstante, todos, y San Agustín el primero, quedaron atónitos á vista de la victoria que ganaron contra Bonifacio, el cual hasta entonces había sido el terror de aquellos pueblos indisciplinados y disipado poco antes innumerables enjambres de ellos con un corto número de soldados.

Después de esta imprevista derrota, le persiguieron tanto los bárbaros que á duras penas pudo salvarse en Hipona donde le cercaron. Sin embargo, pudo escaparse de esta plaza que fué tomada después de catorce meses de asedio. En vano intentó mas adelante libertar al Africa con las fuerzas reunidas de los imperios de Oriente y Occidente, y al fin murió en Roma de las heridas que había recibido. Mas alcanzó sobre sí mismo la mas gloriosa de todas las victorias, no solo sujetándose á su soberano, sino tambien reconociendo las cualidades brillantes de Aecio, con el cual aconsejó á su muger que se desposase, por ser el mejor capitán del imperio.

Después que los vándalos consiguieron su primer triunfo, se esparcieron sin obstáculo por toda el Africa, así en las ciudades como en los pueblos, sometiéndose todos los habitantes ó huyendo antes que llegasen. Las únicas poblaciones que los obligaron á formalizar sitio fueron Cirtha, Cartago é Hipona (1). Por do quiera se veían ciudades desoladas, edificios entregados á las llamas, ciudadanos errantes ó degollados en los caminos. Los que antes ocupaban las primeras dignidades fueron reducidos á la mas dura servidumbre. Las mugeres mas distinguidas, que habían tenido á sus órdenes multitud de esclavos, se veían obligadas á servir en los

(1) Procop. de Bell. Wandal.

mas bajos y molestos oficios á unos feroces y groseros dominadores; de modo que les parecían mas felices las que gemían bajo el peso de las cadenas. Otras muchas fueron degolladas, abriéndolas indignamente el vientre, arrancándolas los hijos de su seno y de los brazos de sus nodrizas; y arrojando á estos infelices en los caminos como un peso inútil, se impedía á las madres el llevarlos vivos ó sepultarlos después de muertos. En fin, murió gran multitud de ellos sin recibir el bautismo.

Eran cristianos los vándalos, pero arianos furiosos y no menos implacables contra los católicos, ni de menos feroz impiedad que cuando eran idólatras (1). Cesó de todo punto y por largo tiempo el culto público, las cosas santas fueron profanadas, y los templos reducidos á pavesas. Por lo que hace al canto de los Salmos, al santo sacrificio, á los Sacramentos y á todos los ejercicios de la Religión, ni se hallaban fieles que participasen de ellos, ni ministros que los administrasen y dirigiesen. Después de los soldados y de los grandes que podían defender la república, ningun romano corría mas riesgo de ser el blanco del furor de los enemigos que las personas consagradas á Dios. Al principio se guarecieron muchos en los castillos y fortalezas de las inmediaciones; pero fueron muy pronto arrojados de allí y muertos: otros se escondían en lo mas enmarañado de los bosques, ó en las tenebrosas cavernas, de donde el hambre los echaba después y los obligaba á volver en busca de su subsistencia mendigando vergonzosamente, ó mas bien á hallar una pronta muerte en la brutal venganza del vencedor.

Pareceria exagerada esta pintura que hacen los escritores africanos y especialmen-

(1) Vict. Vit. lib. 1.

te Posidio, obispo de Camala, en la vida de San Agustín su contemporáneo y amigo, si no nos constara hasta qué punto tan excesivo y por qué estaban irritados los vándalos contra los africanos. No solo los perseguían como súbditos del Imperio, sino que miraban con execración la corrupción espantosa de sus costumbres. Siendo naturalmente no menos castos que implacables y crueles, miraban como laudable y glorioso el purgar la tierra de estos monstruos de impureza. Para lograrlo, después de haber sacrificado cuanto caía en sus manos, no omitían medio alguno de afligir con el hambre á los demás, cortando los árboles en el campo, inutilizando los frutos, y talando generalmente todo lo que podía ofrecer alguna subsistencia á los miserables, que sepultados de día en las grutas, salían en la oscuridad de la noche á buscar algun alimento cerca de los lugares habitados ó cultivados.

Salviano, que vivía entonces, describe con la mas enérgica elocuencia los desórdenes odiosos del Africa y las terribles calamidades que arrastraron en pos (1). En una obra dirigida á Salonio, obispo de Viena, é hijo de San Euquerio, aquel ilustre ciudadano de Marsella, sacerdote solamente, pero llamado por su profunda inteligencia el maestro de los obispos, emprende justificar la providencia y remover el escándalo que en la decadencia de Imperio causaban á los débiles tanto las desgracias de los romanos cristianos y católicos, como la prosperidad de los bárbaros, hereges ó gentiles. Comparando á los africanos súbditos del Imperio con las otras naciones que le assolaban, asegura que el conjunto de vicios, de los cuales uno solo era suficiente para hacer odiosa cada una de estas naciones, estaba concentrado en el Africa donde

iban á precipitarse como en una cloaca inficionada, después de haber manchado en su curso los demás países del universo. «Si los pueblos, dice, que llamamos bárbaros y que son comparados á las bestias feroces, tienen cada uno su vicio, á lo menos no los tienen todos juntos. Los godos son traidores, pero castos; los alanos, mas licenciosos, pero enemigos de toda perfidia: los francos, ligeros, pero benéficos y sociables: los sajones por el contrario, muy crueles, pero en cambio miran con tanto horror la impureza que escitan nuestra admiración. Los vándalos, vendedores del Africa, no son menos recomendables por su amor á esta virtud; y si son orgullosos, despreciadores y soberbios, lo que ellos mas desprecian en sus vencidos son los ultrajes hechos al pudor por las mugeres no menos que por los hombres; es la impudencia de un sexo que se deshonra con solo la aversión al retiro; es la infamia que está como triunfante en las concurrencias públicas. Si todos estos pueblos tienen algun defecto, tambien se distinguen por alguna cosa buena. Pero en los africanos no sé qué cosa los denigra mas, si la inhumanidad, la perfidia, la avaricia y el robo, la embriaguez, las blasfemias y los perjurios. No hablo de su impureza, pues cuanto esceden á todos los extranjeros en los demás vicios que acabamos de referir, tanto se esceden á sí mismos en su rabiosa sed de torpes deleites. ¿Quién ha mirado al Africa nunca como una tierra comun, destinada para habitación de animales dotados de razón, en quienes la carne debe estar sujeta al espíritu, y no como guarida de la obscenidad, ó como un inmenso foco de las pasiones ignominiosas que siempre la han abrasado?»

Este orador vehemente, que tal vez en esta pintura da un tanto en declamador, nos suministra sin embargo un testimonio

(1) Salvian. de Gubernat. lib. 7 et 8.

del poder de la Religión sobre las costumbres de los africanos mismos, pues su conversión á la fé y la virtud milagrosa de la gracia habian mudado admirablemente á muchos de ellos. Pero si esceptuamos, continúa Salviano, estos siervos sinceros del verdadero Dios ¿qué vienen á ser todos los demas? ¿Qué fenómeno es un africano casto! Es un prodigio tan pasmoso como una víbora sin veneno; y un tigre sin ferocidad: es en fin un africano que deja de ser africano. No tanto á la severidad del Señor, como á la enormidad de los pecados del Africa, debemos atribuir los excesos de crueldad cometidos en ella por sus bárbaros vencedores. Si los vándalos la han devastado, tambien la han purificado y han hecho lo que no han podido las leyes romanas. Ellos han reprimido las pasiones vengonzosas, no como los romanos que se hacen culpables de robo y adulterio al mismo tiempo que los proscriben; sino imponiendo á los esclavos la necesidad de imitar á sus tiranos, y sacrificando á su crueldad á los que no se conformaban con su ejemplo. Los vándalos lograron efectivamente acabar en Africa con los burdeles y ramerías. Obligaron á todos á contraer matrimonio, y castigaron con pena de muerte á las mugeres que no se contentaran con un esposo. Mas su virtud montará no apeló á estos temperamentos hasta despues de haber tomado la capital, cuando ya estaban cansados de matar y temian reinar únicamente sobre desiertos.

Entretanto estrecharon vivamente el sitio de Hipona (1). Un gran número de obispos, unos porque no tenian ya grey habiendo sido degolladas sus ovejas ó miserablemente dispersadas; otros para impedir la total estincion del episcopado en Africa, mas bien que por la conservacion de sus

(1) Posid. Vit. S. August. cap. 29.

propias personas, cuando todos eran buscados con el mas porfiado rigor y encarnizamiento, se refugiaron en las plazas que reputaban mas seguras. Posidio, amigo del santo obispo de Hipona, y otros muchos prelados comarcanos, habian elegido este último asilo que era bastante ventajoso, pero estaba cercado por todas partes y lleno de extranjeros que de dia en dia iban aumentando las necesidades. Esforzabase y sacrificabase el generoso Agustin por socorrer á todos; pero no podia, ni aun privándose de las cosas mas necesarias. Con la uncion de su elocuencia y la efusion de sus afectos suplió lo demas, consolando á lo menos á los infelices cuya miseria no podia socorrer. Mostraba en su apacible semblante un aire de resignacion y serenidad que se comunicaba á la multitud que de dia y de noche le rodeaba, mientras que él experimentaba con la mas dolorosa sensibilidad la pena aun mas cruel de ahogarla en lo mas recóndito de su pecho. Si podia separarse algun tiempo de la vista de tantos infelices y molestos testigos, se deshacia en lágrimas delante del Señor, y le conjuraba que aceptase el sacrificio de su persona por su pueblo; ó que si no se dignaba aceptarle, le sacase del mundo antes de la toma de la ciudad, y no le hiciese espectador de tan horrible catástrofe.

Mientras que los bárbaros desolaban la Iglesia por todas partes, hacia el Señor resplandecer de todos modos los efectos de su gracia que, siempre admirable en sus Santos, se reproduce en sus obras bajo mil formas. Entretanto que Agustin se elevaba á la mas eminente santidad por la sencillez de la fé y por unas virtudes comunes en la apariencia, Alejandro, autor del instituto de los acemetas, esto es, de los que no duermen, caminaba al mismo término por las sendas mas extraordinarias (1). Este gran Santo,

(1) Bolland. 13 Jan.

oriundo de linage ilustre, tuvo antes en la corte de Constantinopla unos puestos dignos de su cuna.

Abandonó las grandezas del siglo, distribuyó sus riquezas á los pobres y se retiró á un célebre monasterio de la Siria; y progresando cada dia mas en la perfeccion y en el desprecio del mundo, se internó en el desierto, de donde al cabo de siete años se vió en la precision de huir por humildad. Habia convertido á muchos paganos habitantes de una ciudad contigua, con su gobernador llamado Rábula, atraídos por la reputacion del Santo. Todos querian tener por obispo al que reconocian por apóstol, y asi con un pretexto de celo le persuadieron que fuese á su ciudad cuyas puertas guardaban escrupulosamente, estando resueltos á no dejarle volver á su retiro. Llegó pues sin la menor desconfianza, pero advirtiendo las asechanzas que en su concepto armaban á su incapacidad y á su flaqueza, hizo que durante la noche le bajasen por los muros de la ciudad metido en una espuerta, como si se tratase de evitar el mayor riesgo. Caminando despues dos dias y dos noches por medio de los desiertos, no hizo detencion alguna hasta llegar á un parage remoto y muy fragoso donde se consideró á cubierto de que le pudieran encontrar.

Este ignorado asilo servia de guarida á una numerosa compañía de facinerosos, á los cuales convirtió con la eficacia de sus exhortaciones y súplicas. El jefe de estos ladrones dió el ejemplo á los demas y recibió tambien el primero la recompensa de su docilidad, habiendo tenido una santa muerte á los ocho dias despues de su bautismo. Los demas trasformaron su caverna en un monasterio, y dirigidos por un superior que estableció Alejandro, edificaron con sus virtudes aquel territorio que hasta entonces habian llenado de terror y espanto.

Rábula, gobernador de la ciudad con-

vertida, á quien esta quiso nombrar obispo á falta de Alejandro, renunció igualmente á todas las grandezas del mundo y se hizo anacoreta; pero despues le arrancaron de su soledad para colocarle en la silla de Edesa, metrópoli de Mesopotamia. Su muger edificó una casa religiosa en donde se consagró al Señor con sus hijas y domésticos.

Por su parte San Alejandro llegó á las riberas del Eúfrates, á formar el primer establecimiento de la salmodia perpétua. La comunidad que instituyó alli se aumentó en poco tiempo hasta el número de cuatrocientos monges, sirios, griegos, egipcios y latinos. Dividíanse en muchos coros, sucediéndose unos á otros sin que hubiese momento alguno del dia ni de la noche en que esta celestial morada dejase de resonar con las alabanzas divinas. Imitando en toda la vida angelical, vivian en un despreñimiento tan grande como si no tuviesen cuerpos. Usaban de una sola túnica y siempre la misma, y no tenian mas alimento que el necesario para el dia. Por la tarde daban á los pobres lo que les quedaba, sin guardar cosa alguna para la mañana siguiente; mas á fin de que su establecimiento fuese aun mas útil á la Religión, reunió Alejandro á la oracion y contemplacion la vida activa del apostolado, destinando setenta discipulos suyos para predicar la fé á los gentiles.

Tan buenas obras no bastaron á eximirles de la persecucion. Sus evangélicas escursiones y su continua oracion sirvieron de pretexto para confundirlos con los masalianos, llamados tambien euehitas, de la palabra griega que significa *orantes*: hereges, ó para hablar mas propriamente, fanáticos y entusiastas, naturales de Mesopotamia como Alejandro, y que tomando á la letra el precepto de la oracion continua, reducian toda la religion á la oracion, y negaban toda la eficacia y virtud del bautismo y demas sacramentos: gentes por otra parte ociosas y vagabunda

que corrian el mundo, y predicaban sus delirios como revelaciones y artículos de fé, negándose casi siempre á admitir ó creer otros.

Estos sectarios eran en extremo disimulados; perjuraban sin escrúpulo, y siempre que convenia á su tranquilidad anatematizaban sus errores sin abandonarlos, siendo mirados con gran desconfianza. Asi pues, Alejandro, á quien se confundia con ellos, tuvo mucho que sufrir. Habiendo ido á Antioquia, donde no habia estado despues de veinte años, envió el patriarca Teodosio un eclesiástico llamado Malco para arrojarle de la ciudad, el cual le dió una bofetada en público. Alejandro, sin conmoverse y aludiendo al siervo de quien se habla en el Evangelio, que dió al Salvador una bofetada, dijo; *y el nombre del siervo era Malco*. El pueblo, que hacia á Alejandro mas justicia que el clero, tomó su defensa, y Malco tuvo que retirarse ignominiosamente.

No obstante, Alejandro salió de Antioquia, y aun se disfrazó de mendigo para viajar con mas libertad; y pasando por un monasterio llamado Crithen, se admiró de ver allí establecida la salmodia perpétua, pero reconoció que esta casa habia sido fundada por uno de sus discípulos. En fin, pasó con los demas de estos á Constantino-  
pla, y dió principio á otro establecimiento de su instituto, en el cual se contaban al poco tiempo trescientos monges, que distribuidos en coros de cincuenta, se sucedian sin interrupcion los unos á los otros. Tambien fueron allí perseguidos y tenidos por sospechosos de masalianismo como en el Asia. Encarcelaron al maestro y se dispersaron los discípulos, pero al fin se juntaron con él el dia mismo en que recobró su libertad. Entonces todos juntos pasaron á la embocadura del Ponto Eusino, á establecer un nuevo monasterio de acemetas, donde San Alejandro murió hácia el año 430.

A principios de este mismo año, conoció evidentemente San Agustin que el Señor habia oido la oracion que le hizo, suplicándole que no viesen sus ojos la última calamidad de su pueblo (1). Habiendo caido enfermo al tercer mes de sitiada Hipona, se preparó desde luego para morir como un hombre que estaba seguro de no restablecerse de esta enfermedad. Tanto temor mostró de los juicios de Dios, como si aun no hubiera hecho penitencia alguna. Los innumerables y penosos servicios hechos á la Iglesia, tantos escritos contra los hereges, tantos cismáticos convertidos en sus conferencias, tantos pecadores arrepenidos y tantos Santos formados por sus cuidados, tantos clérigos y vírgenes que habia dirigido á la perfeccion, tantos rigores ejercidos consigo mismo, y por fin tantas virtudes tan puras é ilustres, le inspiraban menos confianza y seguridad que pesar y confusion los extravíos de su vida pasada.

«Si las almas mas inocentes, decia muchas veces á los amigos que tenia al rededor, no deben salir de este mundo sin hacer penitencia, ¿qué disposicion debe ser la de las que tan tarde principiaron á conocer y servir á Dios?» Consiguiente siempre á sus máximas y á su método, las obras satisfactorias que mas le agradaban eran las menos notables y las menos susceptibles de ostentacion; tales como el sufrimiento de sus males y aun los remedios mismos tomados con resignacion y fé, como penas del pecado. Mandó escribir en algunos cartones los Salmos penitenciales, que son pocos, segun el autor de su vida, y verosíblemente los mismos á que nosotros damos ese nombre. Dispuso que los colocasen á su vista para conservar hasta el postrer suspiro todo el fervor de su compuncion. Y para no distraerse de estos piadosos pensamientos

(1) Posid. *Vit. August. cap. 28.*

en los últimos dias de su vida, pidió que nadie entrase en su habitacion á no ser con el médico ó cuando se le llevase la comida. Su enfermedad no dejó de prolongarse, pues principiando á fines de la Cuaresma, no murió hasta 28 de agosto, en que celebra la Iglesia su fiesta. Era este el año 430 de la era cristiana, el setenta y seis de su edad y el cuarenta despues de su entrada en el clero. Nótase como una cosa muy admirable aun en un Santo, que desde el primer momento en que se consagró al Señor hasta su muerte, no solamente nunca retrocedió, sino que siempre adelantó con nuevo fervor en la carrera de la perfeccion, sin jamás alejarse de su objeto, y sin caer en ninguno de aquellos ligeros extravíos que vemos hasta en la vida de un gran número de Santos.

No hizo testamento, porque nada tenia de que testar; pero habia formado una excelente biblioteca, la cual antes de espirar encomendó y dejó á su iglesia; cuidado digno del primero de los santos doctores y que la Providencia pareció justificar; pues el incendio que despues de la toma de Hipona lo redujo casi todo á cenizas, respetó, no obstante, esta rica biblioteca en la que nada habia sin duda mas precioso que las obras del mismo Agustin. Al darle sepultura se ofreció el santo sacrificio del altar, segun dice terminantemente el obispo Posidio que estaba presente, y nos ha trasmitido este testimonio tan auténtico y formal en favor del nombre y realidad del sacrificio de la misa. Este historiador añade que antes de la muerte de Agustin puso Dios de manifiesto su santidad en la cura milagrosa de un enfermo que vino á pedirselo á su lecho. El Santo dijo al principio con sentimientos de humildad tanto mas sinceros cuanto parecian mas naturales, que si tuviese algun poder sobre las enfermedades, usaria de él para sí mismo. Pero el enfermo

replicó, que se le habia mandado en sueños que acudiese al obispo Agustin, asegurándole de la curacion; y entonces cediendo en el santo pastor la modestia á la caridad, impuso las manos al enfermo y le curó al momento. Otras muchas maravillas habia obrado especialmente con los energúmenos en el tiempo de su episcopado; pero este gran Santo no se distinguió por una multitud de milagros, ni por los favores ó prácticas extraordinarias que leemos en la vida de otros muchos Santos.

El carácter admirable que distinguió la virtud de Agustin desde el principio de su conversion, fué una conducta siempre igual, uniforme, constante y alejada de todos los extremos. Era tan modesto en sus muebles como en sus vestidos, y evitaba con el mismo cuidado la falta de aseo que la magnificencia. Vestia lienzo y usaba calzado conforme al uso que se habia hecho mas comun; pero no censuraba á los que andaban descalzos, advirtiéndoles tan solo que se guardasen de la vanidad. Su mesa era frugal, y por lo comun solo se servian en ella legumbres. Cuando estaba enfermo, ó comian con él personas de salud quebrantada ó huéspedes (porque amaba mucho la hospitalidad, y era afable en gran manera) entonces se servian carnes. Siempre se ponía vino, porque en aquel tiempo se tenia por mas necesario que la carne.

A escepcion de las cucharas no tenia cosa alguna de plata; no por indigencia, sino por amor á la pobreza. Vivian los clérigos siempre con él, haciendo vida comun. Para dar su alimento al espíritu no menos que al cuerpo, y para que se estuviese menos espuesto á olvidar las leyes de la templanza, se leia mientras duraba la comida. Por el mismo temor de no esceder los límites de la sobriedad que se habia prescrito, como él mismo lo dice, jamás comia